



En muy poco tiempo hizo los preparativos del viaje. Salió á pie, acompañado de uno de sus hermanos, con un palo en la mano, y en la alforja pan para el alimento de un día. Para los sucesivos, la caridad de los claustros debía proveer á las necesidades de los viajeros. Lutero llevaba además seis ducados para pagar el *cicerone* encargado de enseñarle las maravillas de la ciudad santa.

Nadie ignora la influencia de las primeras impresiones, y el imperio que ejercen sobre las que se reciben despues. Desde los primeros pasos que nuestros peregrinos dieron fuera del suelo alemán, no se les presentaron circunstancias favorables: mal tiempo, el cielo siempre cubierto de nubes, y una hospitalidad poco halagüeña. Volvieron entonces sus ojos hácia su patria, y echaron de menos su Sion, aquella Suavia y aquella Baviera, donde los dos habian viajado otras veces, donde las posadas son tan buenas, donde los posaderos son tan amables y tratan tan bien al viajero. Despues de una larga jornada, llegaron á Italia llenos de cansancio y fastidiados, y allí se desvanecen los bellos sueños de Lutero. Sus ojos no pueden soportar el esplendor de su inmenso horizonte; su cielo le parece demasiado ardiente; sus crepúsculos de la tarde demasiado templados, y sus noches demasiado frescas. Su vino le enardece la mente, y aun sus aguas son nocivas para él. Un día que caminaba con su compañero, y que habia andado largo trecho con un calor insoportable, se bajó para coger en las palmas de las manos un poco de agua amarillenta; este agua, que habia estado durante todo el día bajo el influjo del sol, le embriaga como el vino. Vacilaba y se desesperaba, cuando Dios le hizo encontrar granadas, cuya dulzura luego le volvió á dar la vida. Diez años despues aun daba gracias al cielo, que le deparara tan milagrosa fortuna.

En Alemania, en el convento y en casa de su padre, se levantaba muy temprano, para respirar el aire matinal y

gozar de la vista de las campiñas; frecuentemente dormía con la ventana abierta durante los calores del estío. Creía que nada debía hacerle cambiar de método de vida. Una noche, al acostarse, no cerró, por un olvido, la ventana de su alcoba, y cuando se despertó sintió un malestar general en todo su cuerpo, y tan fuerte dolor de cabeza, que al día siguiente nuestros dos peregrinos apenas pudieron caminar una milla de Alemania.

Al llegar á Montefiascone, á la cima del Apenino, Lutero miró delante de sí, y vió estenderse á lo lejos una tierra estéril y árida: rocas desnudas, sin vegetacion y sin belleza, cuando creía que debía encontrar por todas partes los mirtos y los naranjos. ¡Qué contraste con la Sajonia que acababa de dejar, donde las flores son tan hermosas, los bosques tan espesos, el verde esmalte de las praderas tan fresco y tan brillante! Estaba desencantado. Habia hecho alto en una humilde posada, donde algunos frailes sentados bebían, gesticulaban y charlaban con una volubilidad extraordinaria, peculiar á su país, ocupándose con poco respeto, segun nos dice, de asuntos religiosos. Habia creído que la sombra del Vaticano debía estenderse como un manto sobre la naturaleza humana; era un milagro que esperaba del papado; pero como el milagro no llegaba, se levantó, para evitar la contienda que iba á estallar entre su compañero de viaje, que habia defendido valerosamente el honor del hábito, y aquellos frailes, que, si ha de creersele, le deshonoraban.

Parecióle la humanidad, como la naturaleza, raquílica, mala, revoltosa, desheredada de sus antiguas y nobles aspiraciones, y fuera de las vias de Dios. Por donde quiera que pasaba veía santos colocados en sus nichos, á los cuales se coronaba de flores, ante los que se quemaba incienso, implorando su favor en actitud suplicante. «¡Misera- bles, esclama dolorosamente, que respetan mucho mas á San Antonio ó á San Sebastian, que á Nuestro Señor Jesu-

cristo, y que para preservar una casa pintan en ella la imagen de uno de estos bienaventurados; gentes sin Dios, que no creen en la resurreccion del cuerpo en la eternidad, y no temen mas que los males de la tierra!» ¡Como si esta devocion á los santos no atestiguase una creencia en la otra vida! Si en el pensamiento de un italiano no existe la eternidad, ¿por qué ese culto á seres que no son ya sino polvo? Preciso es reconocer que por las venas de Lutero corre la sangre del viejo aleman, y por eso obedece, sin saberlo, al odio innato que se abriga en el corazon germano hácia todo lo que viene del otro lado de los Alpes.

El sacerdote se asemeja al pintor Lúcas Cranach, que, dibujando siempre en sus cuadros las cabezas alemanas con una barba poblada, con ojos negros y la frente erguida, representa las cabezas italianas sin barba, con la mirada severa y las facciones afeminadas. Lutero observa la frialdad con que los maridos ultramontanos tratan á sus mujeres, y de ahí infiere que el matrimonio no se considera entre ellos como un estado feliz, y los llama hijos del pecado.

Pero ya está en Roma, y vuelven á sonreirle todas sus ilusiones de esperanza y alegría. Su corazon late con violencia. De rodillas, y con las manos levantadas al cielo, inclina la cabeza, y saluda á la ciudad con nombres amorosos y de respeto: «¡Roma Santa, tres veces santificada con la sangre de los mártires!»

No bien hubo atravesado la puerta llamada del Pueblo, cuando huyeron otra vez todos sus sueños lisonjeros. El pobre monge no habia estudiado al hombre mas que en su libro de oraciones. Conocia á los antiguos romanos, su mitología, sus dioses, sus héroes quizás, todo cuanto clérigos y seglares estudian en las aulas; pero la Roma moderna, la Roma de los Papas, era un libro cerrado para él. «Cuando atravesó la puerta del Pueblo, dice un escritor inglés, su pensamiento no vió aquel Emperador aleman que, se-

guido de un numeroso ejército, y queriendo extinguir hasta el nombre de la ciudad antigua, se detuvo allí por miedo á la espada espiritual que el Pontífice tenia en la mano.» No apercibió tampoco las sombras de Felipe Augusto de Francia y de Juan de Inglaterra pararse temblorosas delante de aquel anciano venerable que no contaba para resistirles sino con soldados desnudos y hambrientos. Al acercarse al Vaticano, y al ver al Papa, ¿qué fue lo que observó? Una multitud de cortesanos que besaban humildemente el pie del soberano, y sus ojos no distinguieron entre la turba de aduladores aquellas almas que «viene de Navagero á solicitar una nueva cruzada para conquistar en Oriente algunos viejos manuscritos.»

Todo lo pasado ha muerto para Lutero, é ignora lo que ha hecho Roma en bien de la humanidad. De todos los Papas que han ocupado la cátedra de Pedro, ninguno le es conocido ni por su nombre ni por los merecimientos contraídos para obtener la admiracion y la gratitud de las gentes. Lutero olvida que si el Koran no es el Evangelio del Norte, es porque un Papa arranca el triunfo al poder mahometano. Nada sabe de las santas cruzadas, predicadas contra los infieles por Pio II, Inocencio VIII y Julio II. Ha visto reinar la fuerza bruta en Alemania, y gemir esclava la inteligencia bajo la mano de hierro de los barones, y no percibe que esa inteligencia, despues de Dios, solo tiene por protector á su Vicario en la tierra, y que el pontificado, destruyendo la fuerza material, y obligándola á plegarse ante las leyes morales, ha dado al mundo el mas sublime espectáculo que podrá presenciar el hombre.

¡Dejémosle, pues, que, huyendo de las fiestas de la capital del orbe católico, se encierre en las abstractas contemplaciones del retiro, para no escandalizarse con el lujo de aquellas ceremonias ostentosas y brillantes como el sol que las ilumina, y cuyos resplandores le persiguen incóscientemente!!

Si no ha comprendido á Roma, menos comprenderá á sus moradores. Para el pueblo romano las fiestas son necesarias, porque bajo un cielo siempre azul y trasparente la Religion es mas que un simbolo. Allí la idea, si ha de penetrar en el espíritu, necesita trasformarse en imágen; para Lutero basta la forma interior; para el italiano eso es poco; es necesaria la visibilidad, la apariencia.

Si á la Italia nunca la halagó la Reforma, ¿no es porque la Reforma, desconociendo el carácter de los pueblos, solo les habló á la razon? ¿No se vió obligada mas tarde, para prevalecer, aun allí donde tuvo su cuna, á tomar de los católicos algunas de sus pompas esteriore, á cubrir sus desnudos templos, á seducir, en fin, la mirada con los atractivos materiales?

Un principe luterano, jefe de la casa de Brunswick, fue el primero que comprendió la influencia que ejercen los signos esternos sobre las inteligencias. Por eso la admiracion de Lutero, á la vista de ese mundo semi-pagano, prueban cuán extraño era á las mas sencillas nociones de la estética. De ahí que cuando los iconoclastas de la Suavia destrozaron las imágenes, si Lutero se conmueve, no sea por amor al arte, sino porque habia encontrado en la Biblia algunos pasajes en favor de los signos simbólicos: si el texto hubiese estado oscuro, él las hubiese quemado. De todas las maravillas con que Roma se engalanaba en tiempo de Julio II, ni Rafael ni Miguel Angel, ni los tesoros hacinados en las iglesias, tanto de pintura como de escultura, nada impresionó á aquel corazon frio é insensible. Sus oidos permanecieron cerrados, y ni siquiera escucharon los versos del Dante, que el vulgo cantaba cuando él recorria las calles. Algunos años despues el nombre de Roma le venia frecuentemente á la memoria; pero ni aun entonces pudo sorprenderse en sus escritos una aspiracion poética.

Precisamente al cumplirse los tres siglos de la entrada

de Lutero en Roma, otro hombre de imaginacion y sentimiento, que habia seguido la secta del reformador, Owerbeck, el mas distinguido pintor de Alemania, abandonando su país, visitaba la Italia, y al cabo de algunas semanas invertidas en la contemplacion de las grandezas del culto católico, volvió á abrazar la fe de sus padres.